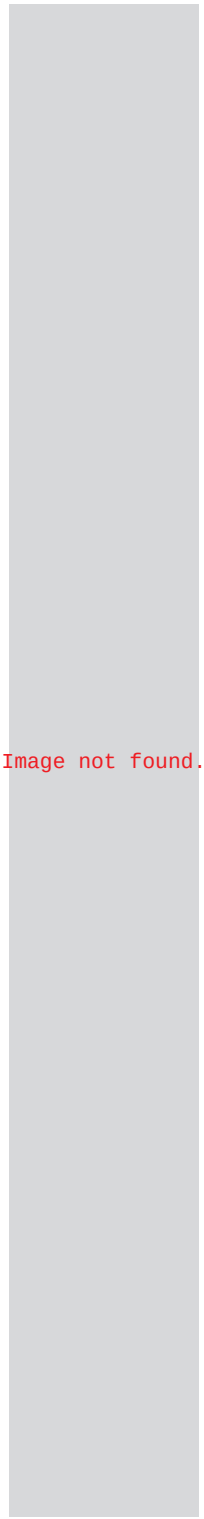
Vacío y ausencia

Ginebra Morte



Capítulo 1

No sé por qué pasó, no sé cuándo paso ni como paso, no sé si la genética, la biología, o el destino en el que siempre he creído y ya no quiero permitirme creer. No sé qué me hizo ser como soy.

Supongo que mi historia no es muy distinta a la de casi todo el mundo, una pelea infinita, una lucha perpetua, sin tregua, estar en suspensión en un paracaídas inflexible sin ser capaz de remediarlo por más que te esfuerces. Y sin embargo, veo que es muy diferente de lo que cuentan muchos de los que me encuentro, muchas personas con las que me rodeo o me codeo, gente que aprecio o quiero.

Lo que siempre supe es que soy diferente en comparación a los demás, distinta, siempre me he sentido incomparable. Desde el principio de los tiempos huía de la gente, percibía que sentía y pensaba distinto, que en situaciones o de pronto y sin saberlo, el brillo de mis ojos se había extinguido en momentos en los que las demás personas con cualquier simpleza se sentían compensados o satisfechos.

En ocasiones rozo la brillantez y lo que muchos considerarían irracional, toco con los dedos cierta omnisciencia que me estremece, y a la que no escucho; y de pronto, soy el ser más pusilánime e improductivo del mundo.

Con las relaciones interpersonales nunca me he llegado a sentir querida, terminaba alejando a todos, una cerveza me era más seductora y hasta me hacía profundizar más en mis propios estremecimientos o sentimientos. Puedo asegurar que se han esforzado, incluso que me han querido, o eso creo, no lo sé; pero no siento la naturalidad de esos sentimientos, no los hago míos, no los vivo.

Mi vida es giro, una noria, es un vaivén constante, un sucedáneo y un estado de parálisis perpetua.

Mi vida es, y ha sido siempre una búsqueda. Un “no sé”.

Siempre fue soledad, un vacío y una ausencia.

Me esfuerzo en pensar que la vida tiene un sentido: pero no lo encuentro. Nunca lo encuentro.

Me miro en el espejo y no me reconozco, no sé qué ni quien soy, ni siento nada por la imagen que me devuelve, que me mira en la distancia.

Durante toda mi existencia he estado inmersa en un campo enorme de fuerza, de polaridades imposibles: de lucha por la supervivencia, aun a

costa de lo que fuese (de mí, de los otros, de la moral) la fuerza inconmensurable que azota mis células para revolverme ante cada caída; y del otro lado, la necesidad de rendición sin condiciones, el agotamiento y el deseo de ser otra. La infinita insatisfacción vital. Y la búsqueda de un afecto que nunca encuentro, que nunca siento.

El castigo físico no ha sido jamás mi tónica: hay métodos más sofisticados de dañarse, de morir en vida, y de arruinar la poca entereza que a uno le queda, si es que alguna vez la tuvo. Y esos, al menos a mí, nunca me dieron ni un ápice de alivio, ni una gota de sedante para el alma, ni aún temporal, ni siquiera imaginario.

Incluso ahora noto que me he entregado y me entrego pero nunca es del todo; que me guardo, que esquivo. Luego me percato y cedo, cedo hasta arrastrarme en la demanda, en la anulación de mi persona. Pero no soy, no siento, sólo temo. Huyo de pronto, y después me dejo encontrar, para volver a huir y a temer.

No sé quién soy, ni lo que quiero, ni adónde se encaminan mis pasos.

Durante años soñaba a escondidas que montaba en un tren, y luego en otro, y luego en otro, hasta donde me llevaran mis pasos o la propia vida. Pero pronto descubrí que no se puede huir para siempre de uno mismo,yo no puedo huir de mi.

Ni siquiera sé si esto que cuento tiene algún sentido para alguien. Si se comprende algo.

Esa es mi vida, eso soy yo: el caos y la ausencia, y quizás también la soledad.